

En memoria del maestro

por MARIANO ARONÉS PALOMINO | Fundación Acción Contra el Hambre, Perú | maronesp@hotmail.com

Lo sentía distante y cercano a la vez. Había comenzado mi travesura antropológica y lo más que sabía de ella era lo bonito que hablaba de las comunidades, de sus “creencias”, de sus costumbres, de lo “bien” que funcionaba la vida al interior de ellas. En mi colegio no faltaba un antropólogo en el jurado calificador de los concursos de danzas folklóricas, ya sea del “ipu para” o “del trigo eray”. Me decía qué bonito es ser antropólogo, estudiar y dar a conocer la vida de las comunidades campesinas. “Debo ser uno de ellos”, me decía.

Pero al mismo tiempo había crecido en medio de dinamitas, de esas que Sendero Luminoso detonaba en la puerta de alguna institución pública. Pero también cantando el himno patrio, mientras el “Glorioso” Ejército Peruano incursionaba en Putis o en Accomarca, en Cayara o en La Cantuta, con sus caras pintadas, diciendo “concha tu madre”, para luego asesinar senderistas o no senderistas y sobre sus cuerpos inertes gritar “¡viva la patria!” Mis sentimientos se encontraban entonces, pues el cariño que sentía por las comunidades campesinas se fue diluyendo gracias al “Presidente Gonzalo”, o gracias también a Clemente Noel, aquel General que había convertido el cuartel “Los Cabitos” de Ayacucho en un verdadero campo de concentración. Comencé más bien a mirarlos con reparo, tratando de comprenderlos, en sus virtudes y en sus defectos, tratando en lo posible de no crearme “lo bonito” que decían de ellas los antropólogos.

Entonces, algo me llevó a su libro, tal vez su nombre. Carlos Iván Degregori, me sabía místico. Me devoré entonces uno de sus mejores libros, *El surgimiento de Sendero Luminoso*. Y desde entonces comprendí que no había mejor forma de comprender lo que pasaba en mi país y en mi Ayacucho, si no a través de su prosa.

Comencé a admirarlo y a entablar con él una relación de afecto intelectual, casi igual o mayor al que mantengo con Arguedas o Mariátegui. Los leo y releo, no solo porque intento aprender de ellos, sino más bien porque representan la esperanza de una patria con todos y para todos. En mi caso, porque alientan las ganas de vivir, porque cuando mi país, ha veces se torna nauseabunda, como cuando casi elegimos a la hija del dictador, leerlos es como volver a la vida y encontrarle sentido. Y Carlos Iván es eso, Degregori también y Caso mucho más.

Gracias Maestro y descansa tranquilo. Has cumplido con creces tu papel de peruano, de antropólogo e intelectual público. A tu luz, quienes te seguimos lo seguiremos haciendo, pendiente de nuestro país, y pendiente también de tu llamado, de tu correo, de tu aliento, de tu mirada sonriente, de tu seriedad cuando exponías o de tus garabatos de cuando pensabas. Pendientes también de tus escritos en *Ideele*, *Argumentos*, *Perú 21* o *La República*, o de tus certeros libros, que con “talante cachaciento” (uso tus palabras) hablaban del Perú, de sus problemas y sus posibilidades.

Hasta siempre maestro. ■